

El archiduque Carlos y el general Moreau.

[1800.]

Yendo el Archiduque Carlos¹ á ponerse al frente del ejército austríaco contra los franceses mandados por Moreau, encontró en el camino algunos soldados austríacos heridos que su coronel habia abandonado; ni aun caballos tenían aquellos infelices por conducir sus carros. Carlos ordenó en el acto que se emplearan con este objeto los caballos de la artillería: « La vida de un valiente, dijo, vale mas que cincuenta piezas de artillería. » Aquellos cañones cayeron en poder de Moreau, pero, sabedor éste por qué los habia abandonado Carlos, no quiso conservarlos, pues, demasiado noble para aprovecharse de una ventaja debida á la humanidad de un jefe enemigo, le dejó las piezas.

Almaque.

[311.]

Desde los confines de Oriente llegó á Roma un piadoso anciano llamado Almaque², con la esperanza de obtener la abolicion de los horribles juegos del circo, donde peleaban unos hombres contra otros ó con las fieras, para distraccion de los espectadores. El paganismo reinaba todavía en Roma, que estaba sometida entónces á un príncipe llamado Majencio. Llega Almaque al circo, cuyas gradas ocupaba una multitud innumerable; ya estaban en la arena los gladiadores esperando á los tigres y leones que rugian en sus jaulas de hierro y se abalanzaban con rabia contra los hierros. Salta Almaque á la arena y ruega á los romanos renuncien á aquellos placeres crueles, en los que por via de diversion se expone la vida de los hombres. La muchedumbre contesta con una explosion de furor, y por todas partes resuena el grito feroz: « ¡A las fieras el cris-

1. Hermano de Francisco II, emperador de Austria y hábil general. Los principes de la casa de Lorena tenían

el título de archiduques.

2. Algunos historiadores le dan el nombre de *Telemaco*.

tiano, á los leones. » En el instante ábrense las puertas de las jaulas y Almaque parece víctima de su tentativa, pero con su muerte consiguió lo que deseaba; el circo, regado con su sangre no volvió á abrirse, y desde aquel dia quedaron abolidos aquellos juegos sangrientos¹.

§ X. DEBERES PARA CON LA PATRIA.

Nosotros amamos á nuestros padres, nuestros hijos, nuestros deudos y amigos; mas la patria resume en sí todos estos afectos. (B.)

Acordaos sin cesar de que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados sobre vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros sentimientos y vuestras acciones; que en cualquier situacion en que os halleis, estais como soldados de guardia, obligados á velar por ella continuamente y á volar á su socorro al menor peligro. (BARTHELEMY.)

El que se sacrifica por su patria muere contento y con gloria.

Es un crimen irritarse con la patria:

Para que la patria sea dichosa es preciso que los magistrados obedezcan las leyes y los ciudadanos á los magistrados. (*Moralistas antiguos*.)

Cuando se trata de servir á la patria deben cesar las discusiones y callarse nuestras pasiones; desaparece el hombre y solo queda el ciudadano. (B.)

El combatir contra la propia patria es obrar contra la naturaleza. (FENELON.)

Un gran príncipe: Carlo Magno.

[783-814.]

Incumbe principalmente al jefe de un Estado cumplir con religioso cuidado todos sus deberes para con el pueblo, y bajo este concepto, como bajo otros muchos, debe citarse como modelo á Carlo Magno.

Este príncipe era rey de Francia y emperador. Vivía en una época de ignorancia, pero amaba el estudio con pasión é hizo todo lo que pudo por ilustrar á sus pueblos.

Puso el mayor esmero en instruir á la juventud; visitaba á menudo las escuelas, adonde acudían los hijos de

1. Majencio fué vencido por Constantino, primer emperador cristiano;

y huyendo por un puente, se hundió este éi y pereció ahogado.

los señores de su corte, se informaba de sus progresos, les interrogaba por sí mismo y les decía: «Tratad de distinguíros tanto por medio de la instrucción y la virtud como lo sois por el rango que ocupan vuestros padres, y



Carlo Magno dicta las Capitulares

podeis contar con mi apoyo. De otro modo, nada alcanzareis de mí.»

Carlo Magno era en extremo piadoso, su celo por los progresos de la religion era ardiente. Era justo, mas

cuando habia necesidad, llevaba la severidad hasta el rigor; sin embargo, su mayor satisfaccion era perdonar y mostrarse clemente.

Fué hábil capitán, intrépido soldado y conquistador siempre dichoso; sometió la Italia, la Alemania y una parte de España. Cuando murió, los pueblos que habia vencido le lloraron como los franceses mismos.

Con la energía de su voluntad y su genio incomparable supo mantener el orden en todo el vasto imperio. Incansable en el trabajo, queria verlo todo con sus propios ojos, con cuyo objeto recorria las provincias sin cesar para conocer sus necesidades y asegurarse de si se administraba rectamente la justicia.

Su carácter era afable y moderado; sus gustos eran sencillos. Era, segun convenia, generoso ó económico.

Tal fué Carlo Magno, uno de los jefes mas ilustres del imperio frances.

Bajo su reinado alcanzó Francia un grado de gloria y de prosperidad á que no habia llegado hasta entónces.

Un gran ciudadano : Washington.

Jorge Washington, verdadero fundador de la libertad americana, es uno de los mejores modelos que se pueden citar respecto al cumplimiento de los deberes del ciudadano; como hombre privado, como militar ú hombre de Estado, practicó constantemente todas las virtudes cívicas.

El país que hoy se llama Estados Unidos comprendia en la época en que nació Washington¹ trece colonias sometidas á Inglaterra, que oprimidas por el gobierno inglés, se aliaron para declararle la guerra², y resolvieron conquistar su independencia. Faltaba un jefe para esta empresa y fué elegido Washington, confiriéndosele el título y los honores de generalísimo.

Nueve años duró la lucha contra los ingleses, en la que

¹ En Brige-Creef, en Virginia.

² Comenzó la guerra en 1774.

tuvo Washington que vencer dificultades inmensas, obstáculos, reveses, enemistades, traiciones, injusticias que hallaba á cada paso, pero salió triunfante de todo.

Cuando se concluyó la guerra licenció el ejército, hizo dimision de su título de generalísimo, y regresó á su casa como un simple particular.

Nombrado por dos veces jefe de ese gran Estado con el título de presidente, le gobernó durante ocho años con habilidad y firmeza, permaneciendo siempre fiel á los grandes principios de orden, justicia y libertad.

Por tercera vez se le ofreció el gobierno, pero lo rehusó, y pasó sus últimos dias retirado en el hogar doméstico.

Abnegacion : el sitio de Colchester.

[1648.]

Terribles calamidades devastaban la Inglaterra en el reinado de Carlos I. El rey y el Parlamento se hacian la guerra; los ejércitos realistas y los del Parlamento sostenian continuos y desastrosos combates, porque despues de la batalla los vencedores trataban sin piedad á los vencidos.

Habiendo sido derrotado el ejército realista, muchos de sus oficiales, fieles á su infortunado monarca, se refugiaron en la ciudad de Colchester, cuyo gobernador era lord Capel; el ejército del Parlamento, mandado por lord Fairfax, puso sitio á la plaza.

El sitio de Colchester es uno de los acontecimientos mas memorables de aquellos desgraciados tiempos por la tenaz resistencia de sus defensores. A pesar de los rudos asaltos que tuvieron que rechazar y de la espantosa escasez á que se vieron pronto reducidos, hacian salidas incesantes, desafiando todas las fuerzas de los sitiadores.

Fairfax ardia de impaciencia por apoderarse de la ciudad, y sobre todo por atraer al partido del Parlamento á lord Capel, que era uno de los hombres mas virtuosos é ilustres de aquella época; mas viendo que estaba éste de-

terminado á morir ántes que faltar á la fidelidad que debia á su rey, imaginó un medio espantoso para vencer su resistencia.

Hallábase entónces estudiando en un colegio de las cercanías de Lóndres el hijo de lord Capel, de diez y seis años de edad. Fairfax se apoderó de él en secreto y le hizo conducir á su campamento. En seguida invitó á lord Capel á una conferencia, no pudiendo imaginar Capel lo que habia sucedido. Se acordó una tregua de veinticuatro horas, y los dos generales celebraron su entrevista en una tienda de campaña situada á igual distancia del campamento y de la plaza.

Léjos estaba Capel de adivinar el motivo por que habia sido llamado, y Fairfax se lo explicó: le ofreció en nombre del Parlamento las mas altas dignidades y brillantes recompensas si abandonaba la causa del rey y queria entregar la ciudad de Colchester.

Semejantes proposiciones indignaron en sumo grado á aquel hombre pundonoroso, y manifestó á Fairfax su firme resolucion de permanecer fiel hasta el último suspiro á la causa del rey y á su juramento; y levantándose de la silla iba á romper bruscamente la conversacion y volver á la ciudad, cuando Fairfax le dijo encolerizado:

« Esperad, que no lo habeis oido todo, y puesto que no puedo persuadiros, voy á hacer que hable alguno para ver si tiene mas poder que yo sobre vos. ¿Veis este niño? Vuestra respuesta decidirá de su vida. »

En aquel instante entraba en la tienda el hijo de lord Capel, entre varios soldados, y uno de estos apoyaba sobre el desnudo pecho del jóven la punta de un puñal.

« Hablad á vuestro padre, le dijo Fairfax lanzándole una mirada feroz, y decidle que me entregue inmediatamente la ciudad, pues si así no lo hace, juro que morireis á sus ojos. »

El padre y el hijo, que no se habian visto hacia dos años, se miraban con dolor y con cariño, y quisieron arrojar uno en brazos de otro; pero los soldados de Fairfax lo im-

pedían. « ¡Bárbaro! exclamó Capel; ¿qué os ha hecho este niño? ¿Con qué derecho amenazais su vida? — ¡Padre mio! exclamó á su vez el niño, no me arrancará este hombre ni una palabra contraria á las ideas que me habeis inspirado. ¡Que me mate si quiere, pero moriré digno de mi padre! »

Fairfax temblaba de furor. « ¡Ay hijo mio! Bien sabes lo que te amo; pero si por tí hiciera traicion á Dios, á mi rey y á mi juramento, me deshonoraria y te deshonoraria á tí mismo. Tu vida está en manos de ese hombre, pero si en tan tierna edad tienes el honor de morir por tu rey, no dudes que serás digno de admiracion. ¡Adios! » Y cambiando la última mirada con su hijo en la que se pintaba el dolor, salió de la tienda y regresó á la ciudad.

Todos los que presenciaron esta escena tenían las lágrimas en los ojos. Uno de los oficiales de Fairfax exclamó: « No, general, no cometeréis accion tan cruel, pues toda Inglaterra os maldeciria. »

Fairfax, que habia estado á punto de dar orden á los soldados de matar al niño, volvió á sentimientos mas dignos de un hombre y de un cristiano; temió la execracion de la posteridad y los remordimientos de su conciencia; se contentó con tener prisionero al niño, devolviéndosele tiempo despues á su madre¹.

Sacrificio por la patria: la despedida de Fontainebleau.

[1814.]

Quedábanle aún á Napoleon bastantes fuerzas para sostener la guerra despues que los aliados entraron en Paris; pero hubiera sido prolongar las desgracias de la Francia, y prefirió ántes renunciar al trono. « Por el interes de la Francia, dijo, estoy pronto á hacer todos los sacrificios personales, hasta el de mi propia vida. »

1. Colchester se rindió cuando sus defensores, devorados por el hambre, no pudieron ya sostener el peso de

sus armas. El Parlamento inglés condenó á muerte á lord Capel y á los jefes principales de la guarnición.

Despues de esta declaracion firmó el tratado con las potencias extranjeras y se dispuso á salir de Francia con destino á la isla de Elba. El 20 de abril dió su último adios en el patio del palacio de Fontainebleau á su guardia veterana con estas palabras que la historia ha consignado:

« Soldados de mi vieja guardia, me despido de vosotros. Desde hace veinte años os he hallado constantemente en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de bravura y de fidelidad. Con hombres como vosotros no estaba perdida nuestra causa; pero la guerra hubiera sido interminable, hubiera sido la guerra civil, y la Francia seria mas desdichada; por tanto he sacrificado mi propio interes al de la patria. ¡Marchad! Vosotros, amigos míos, continuad sirviendo la Francia. Su felicidad era mi único pensamiento y siempre será el objeto de mis deseos. No os compadezcáis de mi suerte; si he consentido en sobrevivirme, es por servir aún á vuestra gloria. Quiero escribir las proezas que juntos hemos hecho.... ¡Adios, hijos míos! Quisiera estrecharos á todos contra mi pecho; pero al ménos abrazaré vuestra bandera. »

A estas palabras el general Petit tomó el águila de los granaderos, el emperador recibió al general en sus brazos y cubrió el águila con sus besos.

Aquellos valerosos veteranos lloraban y prorumpian en sollozos; todos querian seguir á Napoleon á la isla de Elba, pero como solo se le estaba permitido llevar cuatrocientos, hubo que sortear los que debian acompañarle

Amor al país natal.

Ejemplos de Ruth, de José, de Temistocles, de Nehemias,
y de los judíos cautivos en Babilonia.

El hombre ama la tierra donde habita; la considera como madre, como nodriza comun; el cariño que la tiene le une á ella.

En efecto, al pensar los hombres que la misma tierra donde han visto la luz y que los ha alimentado durante su vida, los recibirá á su muerte en su seno, se sienten atraídos por ella. « Vuestra morada será la mia; vuestro pueblo será el mio, decia Ruth á su suegra Noemi; moriré en la tierra donde seais enterrada, y allí escogeré mi sepultura. »

José, en la hora de su muerte, decia á sus hermanos : « Dios será con vosotros y os establecerá en la tierra que ha prometido á vuestros padres; llevad mis huesos con vosotros. » Estas fueron sus últimas palabras. Es un consuelo para él morir con la esperanza de acompañar sus hermanos á la tierra que Dios les ha dado por patria, y que sus huesos reposarán con mas tranquilidad en medio de sus compatriotas.

Este es un sentimiento natural en todos los pueblos. El ateniense Temístocles es desterrado de su patria y halla un asilo en la córte del rey de Persia; mas al morir ordena á sus amigos transporten sus huesos al Atica y los entierren en secreto.

Hé aquí otro ejemplo del amor á la tierra natal. « Estaba yo delante del rey, dice Nehemías¹, presentándole la copa, y estaba lánguido y triste. » Y el rey me dijo : « ¿ Por qué está vuestro rostro tan triste si no os veo enfermo? » Y dije al rey : « ¿ Cómo no podrá estar mi rostro triste, puesto que está desierta la ciudad donde están sepultados mis padres, y sus puertas han sido quemadas? Si quereis concederme alguna gracia, enviadme á Judea, la tierra que guarda los huesos de mi padre, y la reedificaria de nuevo². »

Al llegar á Judea, llama á sus conciudadanos, que el amor de la patria reúne en un mismo pensamiento : « Vosotros conoceis nuestra afliccion, dice, está desierta

1. Este judío ilustre, copero de Arlajerjes, rey de Persia, obtuvo de este el permiso para reedificar á Je-

rusalen y el templo; murió en 430 ántes de J. C.

2. Esdras, II, 1, 2, 3, 6.

Jerusalen; sus puertas consumidas por el fuego; venid y unámonos para reedificarla¹. »

Todo el tiempo que permanecieron los judíos en país extranjero² y tan léjos de su patria, no cesaron de llorar engrosando, por decirlo así, con sus lágrimas los rios de Babilonia, en recuerdo de Sion. No podian ni aun entonar sus agradables cánticos, que eran los cánticos del Señor, en tierra extraña. Sus instrumentos de música, en otros tiempos su consuelo y su alegría, permanecian colgados de los sauces en la ribera, y hasta habian olvidado el uso de ellos. « ¡ Oh Jerusalen! decian; ¡ si te olvido alguna vez, ántes me olvide yo mismo³! » Los judíos que el vencedor habia dejado en su tierra natal se estimaban dichosos y decian al Señor en los salmos que cantaban durante el cautiverio : « ¡ Ya es tiempo, Señor, que tengais piedad de Sion; vuestros servidores aman hasta sus ruínas y las piedras demolidas; todavía conservan toda la ternura y compasion hácia la tierra natal, por mas que se halle en la desolacion⁴! » (BOSSUET.)

Recuerdo de la tierra natal : el general Martin.

Nació Martin en Lyon, de familia modesta, pero habiendo recibido una educacion esmerada se sintió atormentado, á la edad de diez y siete años, del ardiente deseo de ir á buscar en lejanas tierras la gloria y la fortuna que no esperaba hallar en su pais.

Largo tiempo resistieron sus padres á sus deseos.

Creíase llamado el jóven á un porvenir brillante, y sin cesar conversaba á sus padres de sus magníficos sueños rogándoles le permitiesen realizarlos.

A fuerza de súplicas y de lágrimas consiguió al fin su beneplácito para su partida. Su madre, medio persuadida con sus risueñas esperanzas, le decia, sonriendo para ocul-

1. Esdras, II, 17.

2. Cautiverio de Babilonia; duró desde 695 hasta 536 ántes de J. C.

3. Salmo CXXXVI, 5.

4. Salmo CI, 14, 15.

tar su dolor: « Sí, ya veo que no volverás á Lyon sino en una carroza tirada por seis caballos. »

No volvió Martin jamás á Lyon; sus deberes primero y su salud despues no le permitieron volver á ver su ciudad natal, pero la tenia siempre presente en su pensamiento y la conservaba profundo afecto.

Martin fué á buscar la fortuna y la gloria á las orillas del Ganges, y encontró allí una y otra. A fuerza de actividad, de habilidad y de valor llegó al grado de general, y por medios honrosos adquirió inmensas riquezas.

Gracias á él, sus padres pasaron sus últimos dias en la opulencia.

A su muerte ¹ dejó á la ciudad de Lyon magníficos testimonios de su amor á la patria.

Entre los numerosos legados que hizo á dicha ciudad, el mas señalado es el de una suma de dos millones que, segun su voluntad, se destinaron á la fundacion de una escuela que lleva su nombre, esto es, la Martiniere. Esta escuela está dedicada á dar á los hijos de los artesanos de Lyon, clase á la que se habia honrado siempre de pertenecer el general Martin, una instruccion ménos brillante que la que él habia recibido, pero sólida y suficiente para asegurar al trabajo un modesto porvenir.

Esta escuela, establecida hace ya treinta años, se halla en plena prosperidad.

Patriotismo y caridad.

Atila, rey de los hunos, pueblo feroz y repugnante, invadió las Galias en 450. La proximidad del conquistador y de sus hordas salvajes sembraba el espanto por todas partes, y las poblaciones enteras corrian á ocultarse en los montes y en los bosques.

Marchó sobre Paris, y esta noticia consternó á sus habitantes.

1. Falleció en 1809.

Paris era desde aquella época una ciudad muy rica y comerciante, pero de poca extension; tenia algunos arrabales importantes en las dos márgenes del Sena, y la ciudad propiamente dicha consistia en la isla que conserva todavía el nombre de la cité. Rodeada la ciudad por todas partes por el Sena, estaba perfectamente fortificada; y cuatro siglos despues, cuando fué atacada por los normandos, otro pueblo bárbaro, se defendió con valeroso denuedo y los rechazó. Pero en la época de que hablamos, sabedores los parisienses de que Atila se dirigia sobre su ciudad, se apoderó de ellos el terror, y á toda prisa trasportaban en barcas sus riquezas para huir por el Sena, con la esperanza de que los hunos no encontrarian barcos bastantes para perseguirlos.

Vivia entónces en Paris una jóven ilustre por la santidad de su vida; llamábase Genoveva, habia nacido en Nanterre (cerca de Paris), y el ilustre obispo de Auxerre, san German, profesaba el mas profundo respeto á su virtud.

Solo Genoveva mostró un ánimo viril en medio de la consternacion general. « ¡Cómo! exclamaba; ¿en lugar de defender vuestra ciudad la abandonais? ¿A dónde ireis? ¿En que plaza fuerte podreis refugiaros? Vuestros barcos serán apresados, robados; y vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos perecereis al filo de la espada ó reducidos á la esclavitud. Poned, pues, vuestra confianza en Dios, y Dios os cubrirá con su brazo tutelar. ¡Dios os ha colocado en una posicion casi inexpugnable; os ha dado fuertes murallas, armas, víveres, todo lo necesario para vuestra defensa; y en vez de aprovechar sus dones vais á entregar vuestra ciudad al enemigo y buscar en vergonzosa fuga una salvacion que no encontrareis! ¿Qué quiere Atila? El degüello, el saqueo, y galopando á la cabeza de sus hordas llevar por todas partes el incendio y el exterminio. Pues bien; si ve que Paris tan bien fortificado por la naturaleza y por el arte está resuelto á defenderse, si ve que Paris le costará lo ménos un año de sitio, ¿creéis que se detendrá ante vuestros muros? ¿No preferirá mejor conseguir con-